

**6- La serena Boersch. Las altas torres de Rosheim. Una tarde calurosa en Molsheim. Fin de la ruta del vino en Balbronn. Strasbourg, un pueblo rodeado de una bulliciosa ciudad. Ruta por los Vosgos del Norte: La nueva arquitectura del norte en Weyerghheim.**

## **BOERSCH**



Había estado leyendo, hasta muy tarde, en la soledad nocturna de la “Place du Marché”. Al día siguiente el amanecer comenzó a derramar su resplandor sobre Obernai, sería otro día de mucho calor. Me dirigí hacia Boersch por una carretera que desfilaba entre los viñedos de Obernai.

El pueblo apareció ubicado en medio de soleadas laderas y rodeado de una serie de antiguos baluartes. Estacioné fuera de las murallas de Boersch y me aproximé a pie a una puerta fortificada, cuyos muros parecían respirar todavía siglos de intensa historia. Al cruzar la puerta me hallé con un escenario que parecía sacado de una fábula infantil.

Un conjunto de bellas casas, de los s.16 y 17, me condujeron a una bonita plaza irregular, encuadrada por el ayuntamiento renacentista del s.16, que poseía una torre adosada en un lateral y estaba coronada con un tejado cónico. Había un precioso pozo, del s.17, de estilo renacentista de arenisca roja bellamente adornado con flores, pilastras y nombres de antiguos notables de la ciudad. Alrededor de la plaza se descubría repleta de casas típicas de estilo alsaciano.



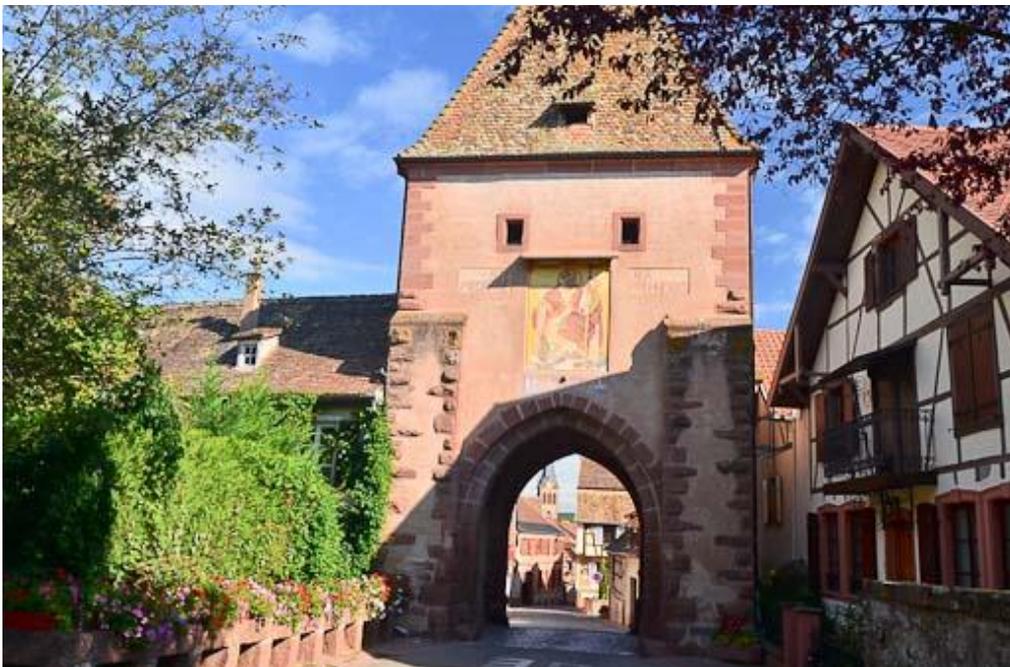
Caminaba, acariciando estrechos callejones, donde un silencio perpetuo parecía haberse instalado en el lugar. El fulgor del sol de la mañana entraba, proyectando sombras dilatadas, sobre las fachadas de los viticultores donde aparecían tallados los emblemas comerciales. Sus tres bellas puertas fortificadas aparecían delimitadas bajo un cielo, que parecía estar pintado de azul oscuro.

Boersch fue fortificado en el s.14 y tres de sus 4 torres todavía siguen en pie, como únicos testigos del baluarte de las antiguas murallas. Nada de esto impidió que la ciudad sufriera guerras y destrucciones, concluyendo por ser desbastada durante la guerra de los Treinta años.









## ROSHEIM



Conforme avanzaba el día, la temperatura subía. Conduciendo con la ventana abierta no lo parecía, gracias al aire que penetraba, pero la bofetada de calor que me recibió nada más poner el pie en la calle fue una sorpresa. Estacioné en un área de autocaravanas, cerca de una de las torres de su antiguo recinto amurallado, luego a la noche volvería a este lugar.

El encanto de esta ciudad residía en los restos de sus fortificaciones, en su centro histórico con sus casas tradicionales y una magnífica iglesia Románica. La más bonita que había visto, hasta ese momento, en todo el viaje. Soy amante del Románico, o como mucho de un gótico arcaico.

La calle del General de Gaulle articulaba el núcleo de toda la población y prácticamente era la única calle principal. Tres puertas fortificadas, de las cuatro torres que quedan del doble recinto de fortificaciones, se distribuían a lo largo de esta única avenida.







La torre del reloj y la puerta del hospital son las más antiguas, próximas al centro y a la iglesia románica. La puerta baja y del león son parte del segundo baluarte. Estas puertas eran fortificaciones defensivas o atalayas de vigilancia de gran altura y muy decoradas. Las torres fueron símbolos de la influencia de Rosheim como ciudad libre.

Recorrí la larga avenida, de torre en torre, bordeada por hermosas casas con entramado de madera decoradas, como toda Alsacia, con geranios de estilo Francés. Yo los llamo así ya que, a diferencia de los que veo en mi pueblo, los franceses tienen pocos pétalos pero en cambio muchísimas flores. También había muchos antiguos escaparates, anunciados por no menos antiguos y descoloridos letreros.

En esta calle se hallaba la única casa románica de 1152 que todavía existe, por lo tanto, la casa de arquitectura civil más antigua de Alsacia. Los coches estacionados ensuciaban esta atmosfera tan inmaculada. Aun así habitaba la quietud en la ciudad y esa quietud me agradaba.



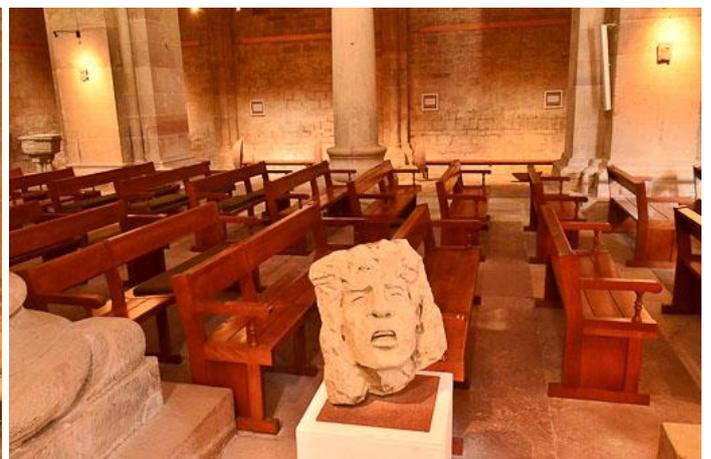
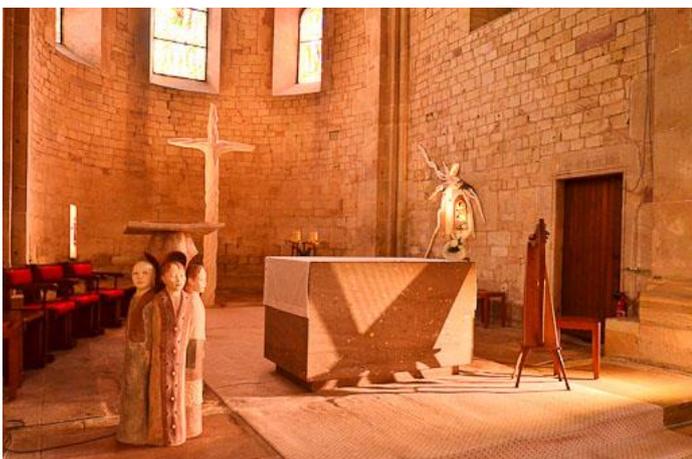
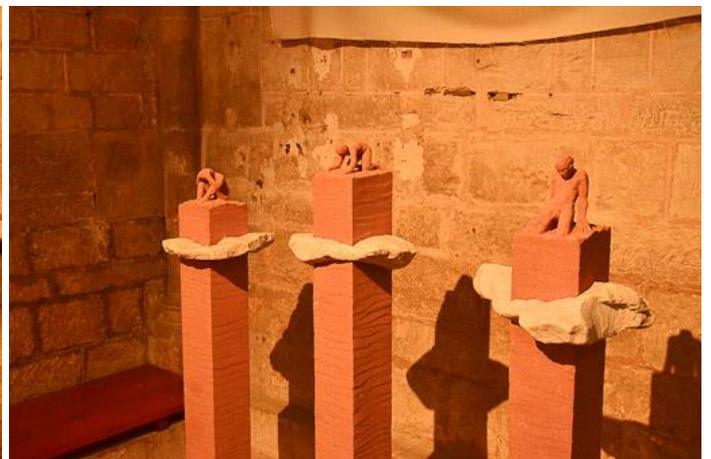
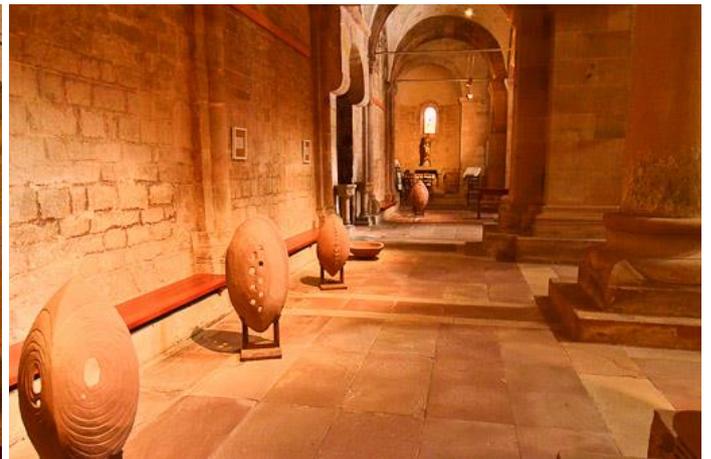
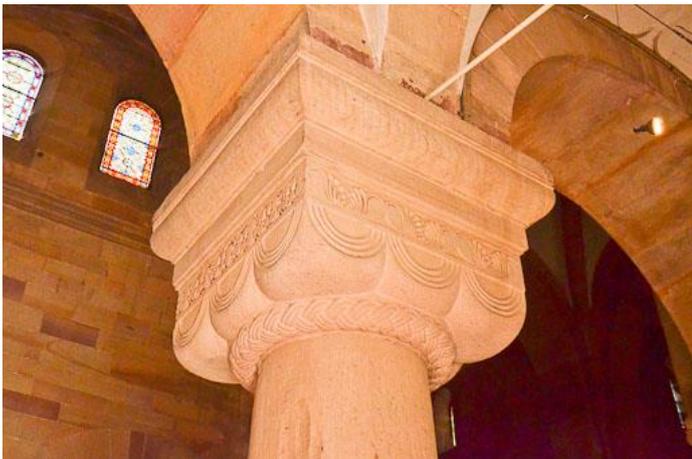


La iglesia de Saint-Pierre-et-Saint-Paul s.12 era una espléndida iglesia de estilo románico, sereno y claro de fachada cubierta de piedra amarilla y de un carácter antiguo y bellissimo. Sobre el perfil de la cubierta despuntaba un campanario gótico del s.14, que contrastaba por el color rojo de su piedra arenisca. Al pie del campanario aparecían unas graciosas esculturas de personajes sentados, pidiendo dinero. Representaban a un mendigo y el arquitecto, este último recogiendo donaciones para la construcción. Atravesando la puerta, bellamente decorada, me hallé en el interior de una iglesia desierta y silenciosa con una nave de dos galerías de proporciones humanas y ambientada con una iluminación agradable. Todo estaba tranquilo. La luz suave de los focos arrojaban un halo amarillento sobre columnas, capiteles, bóvedas y, lo que nunca había visto, una exposición de arte moderno se exhibía en su galerías. El atril me asombró, soportado por un bello conjunto de escultura moderna. Los pasos sobre las losas de la iglesia resonaban en las paredes y bóvedas del gran templo, silencioso y armonioso. También su interior estaba muy fresco.

Cuando regresé a la noche, antiguas farolas arrojaban sobre la alta fachada haces de luz levemente ocre y en su interior había un concierto de música coral. Entonaban un himno sagrado, las voces femeninas y bellísimas se apoderaban del eco del interior y revoloteando en su interior, salían al exterior. Me senté a escuchar y relajarme después de un día de mucho calor.













# MOLSHEIM



El sol se deslizaba por el cielo en una tarde despejada y hacía muchísimo calor. Tenía la cara perlada de sudor. No soplaban ni la más mínima brisa y me sentía con la mente subyugada por la insolación.

Bajo el resplandor tórrido, que proyectaba el sol, comencé el paseo por el centro histórico maravillado por las fachadas de esta ciudad. Enseguida llegué a una gran plaza con atracciones para los más pequeños, era la plaza del mercado, y un tióvivo “vintage” adornaba la bella plaza junto a una bella fuente adornada con motivos florales y una pilastra.

A pocos metros se hallaba uno de los principales y más bellos edificios de la ciudad. El Ayuntamiento, la Metzsig, un bello edificio renacentista de piedra de dos plantas y con un tejado en punta escalonada y cubierto de tejas oscuras. La fachada, que se abría a la plaza, tenía una hermosa escalera que llevaba a la primera planta. Este edificio, que data de 1525, era la antigua sede de la Corporación de Carniceros.





Me quedé ensimismado contemplando el conjunto de colores, tiovivo, fuente, ayuntamiento y los edificios que envolvían la plaza. Era un panorama extraordinario en tonos, colores y formas que parecía la fantasía de un pintor. Próxima a la Plaza del Mercado se descubría la bonita puerta de los Herreros del s.14, esta puerta fortificada formaba parte del muro perimetral de la muralla medieval y era la entrada principal a la ciudad. Las dos casas anexas eran para el cobro de peaje, de los bienes que entraban en la ciudad, y el otro de los edificios era el antiguo cuerpo de guardia.

Molsheim tenía un carácter sobrio pero se hacía agradable para visitar, lejos de avalanchas turísticas, apenas unos pocos habitantes del pueblo iban de un lado a otro. Residencias populares se mezclaban con fachadas nobles, aquí y allá se elevaban edificios religiosos. La iglesia Jesuita de San Jorge del s.17 o la Capilla de Notre Dame neogótica del s.19 y sobre todo la antigua cartuja del s.17, que actualmente alberga el museo de la familia Bugatti.

La ciudad se desarrolló en los s.14 y 15 con la expansión de sus murallas, siendo destruida en la guerra de los treinta años. En el s.19, con la instalación de talleres de armas de fuego y ferreterías, marcó la entrada de la ciudad en la era industrial. Hecho que desembocó en las famosas fábricas de Bugatti, incluyendo la producción del famoso Bugatti Veyron. La familia Bugatti tiene en la Cartuja la sede de su fundación.







## BALBRONN



En el paisaje idílico de la campaña aparecía la población de Balbronn rodeada de cultivos, viñedos y bosques. El calor de la tarde se hacía muy molesto, daba la sensación de que nadie transitaba por allí desde hacía tiempo. Este bochorno no me dejaba disfrutar del paseo y bajo el brillo del sol, que me cegaba, las calles ofrecían un aspecto desolado, silencioso. Deambulé por calles refugiándome bajo los generosos aleros de las antiguas casas alsacianas.





En el pueblo aparecían, las ya típicas casas entramadas con sus muros de bellos colores. Entre estas casas había algunas con sus zócalos de origen románico. En la parte alta del pueblo había un pequeño barrio donde se levanta la antigua iglesia románica, que data del siglo XI. La mayor parte del pueblo es luterano, por lo tanto la iglesia es protestante. La católica es del s.19 y se localiza más abajo, en el perímetro más moderno de la ciudad. Originalmente la iglesia estaba fortificada y los restos de estas defensas todavía se vislumbraban en el cementerio fortificado, así como los restos de un castillo desmantelado.

La tarde, bastante improductiva por el calor, había transcurrido monopolizada por el sol. Recorrí un par de pequeñas poblaciones, pero el bochorno era molesto y llevaba la vista cegada por el intenso brillo. Me entorpecía usar la cámara fotográfica. No lo esperaba en Septiembre y en estas latitudes. Regresé a Rosheim, todavía con el sol en alto. Sentado bajo el sol del atardecer, en un banco de un jardín, pequeño pero precioso y mientras contemplaba a los habitantes que aprovechaban el atardecer para pasear por las calles y tomar el fresco, reflexionaba en lo que haría al día siguiente. Había estado visitando pequeños pueblos tranquilos y fáciles, poco tráfico y fácil estacionar. Mañana entraría en Strasbourg y tenía una mezcla de expectación, curiosidad y ansiedad.



# STRASBOURG



Dejé los campos atrás y atravesé un extrarradio industrial lleno de centros comerciales. La llegada era un poco decepcionante, esperaba un paisaje más romántico. La carretera de circunvalación estaba congestionada por la masa compacta de vehículos que emitían emanaciones tóxicas.

Estacioné al pie del Parlamento Europeo y me hallé con un calor sofocante. Los rayos del sol se desplomaban sin piedad sobre la ciudad. El parlamento destacaba con su alto anfiteatro, lugar de los plenos, y el lado soleado del gigante brillaba y refulgía, como si tuviera millones de cristales, con un resplandor intenso diamantino.

Me encaminé mezclándome con la riada de gente, que aflucía en dirección al centro de la ciudad. El tráfico producía un molesto estruendo para los visitantes, que se apresuraban por la parte reservada a los peatones. Los numerosos parques y jardines, como la gran Place de la République, permitían atajar fuera del asfalto y del hormigón.



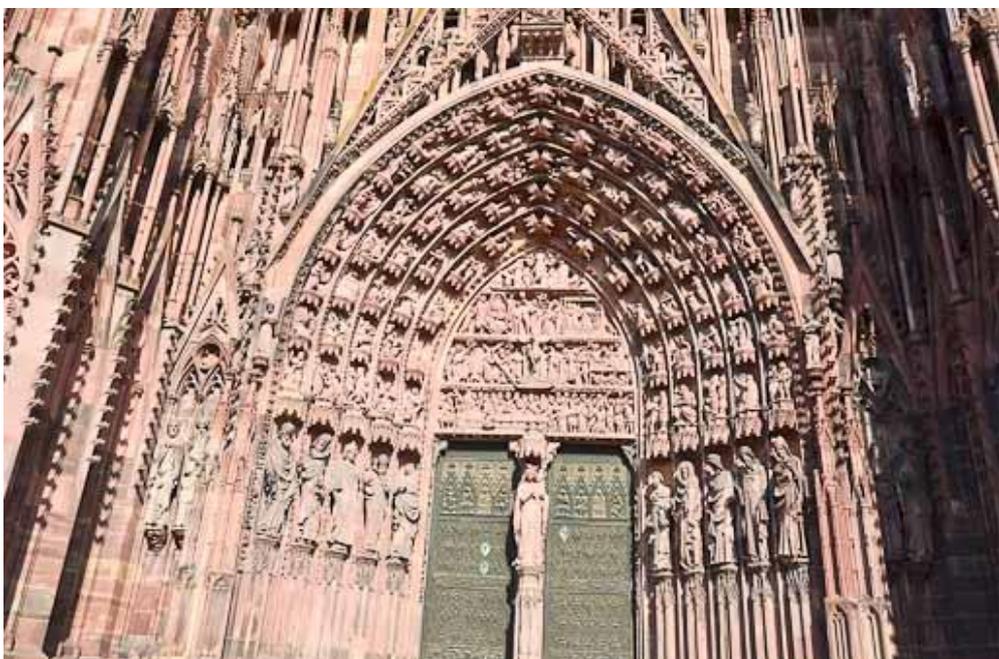
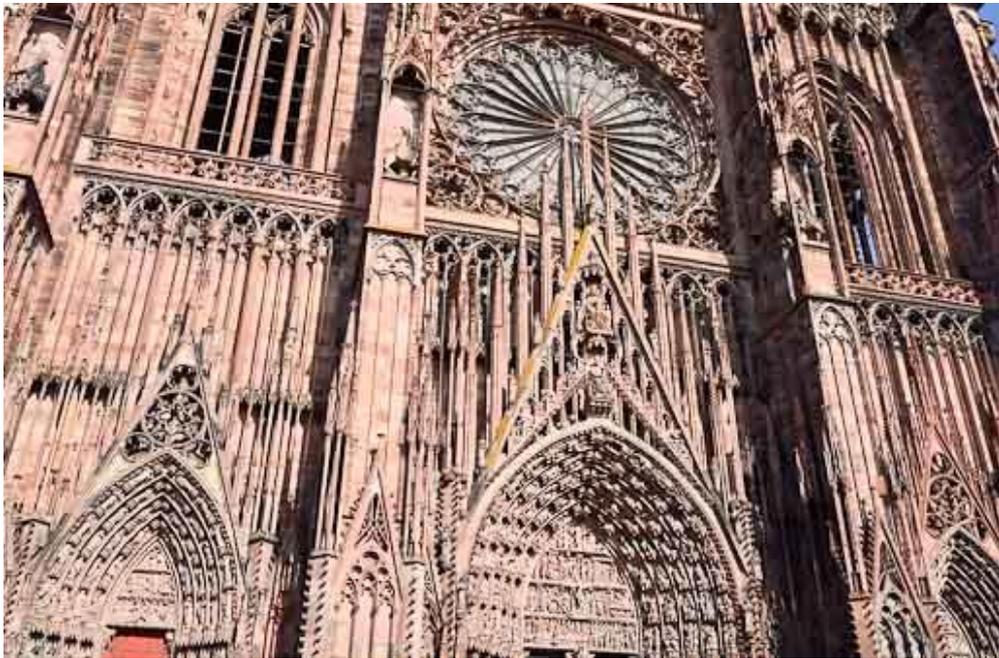




La arquitectura de los edificios cambió, las fachadas parecían más elaboradas, más antiguas y con numerosos adornos, pilastras y balcones muy decorados. Eran construcciones Gótico-Alemanas construidas en el s.19. Caminaba entre establecimientos de las marcas más conocidas del mundo y en una de las vías más bulliciosas y caras de Estrasburgo. Por encima de los agudos tejados asomaba una alta torre picuda, la aguja de la Catedral de Notre-Dame era una silueta contra el cielo azul y encaminé mis pasos hacia allá. Era como un faro en medio de la ciudad.

Desemboqué en la Plaza de la Catedral, un gran espacio abierto que rodeaba el edificio por tres de sus lados. El ruido de las risas y las conversaciones se extendían por la enorme plaza y me zambullí en la corriente incesante de turistas ilusionados, que se agolpaba a la sombra del inmenso edificio de piedra, y levantaban la mirada hacia la imponente fachada ocre oscurecida por el paso del tiempo.





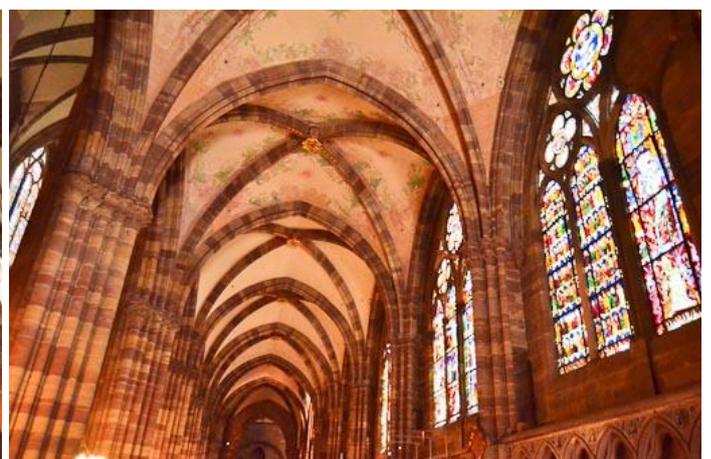
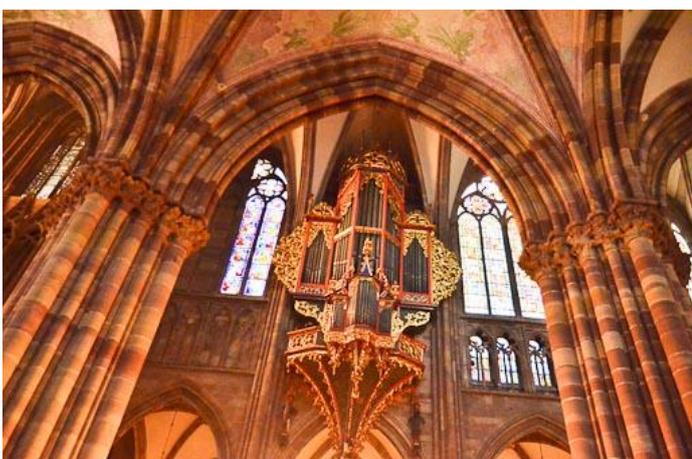
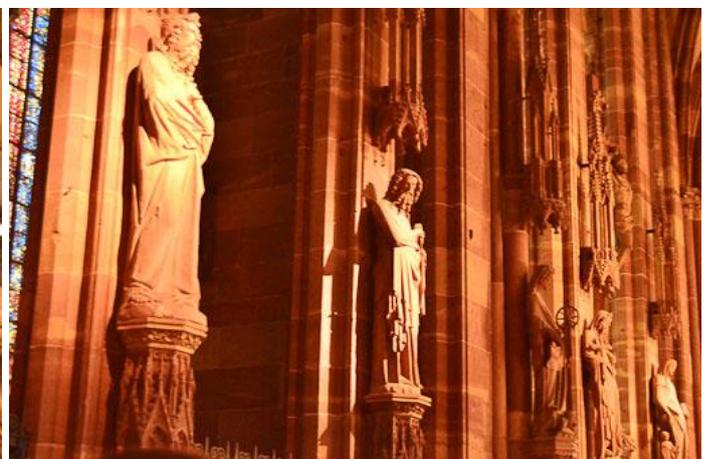
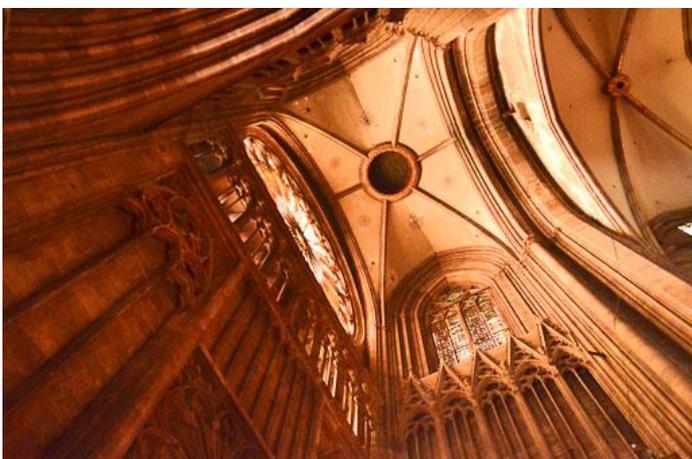
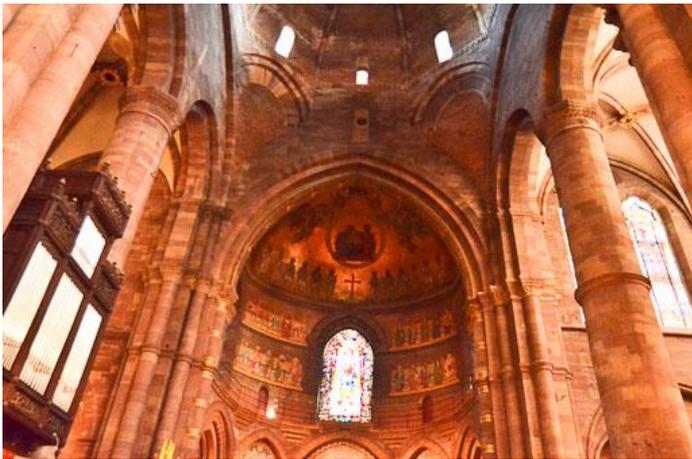


Accedí al suntuoso pórtico, bajo las sombras de la fachada y las muchísimas esculturas, pilares y pilastras que asomaban sobre la bulliciosa acera. Elementos que aunque macizos a la vez resultaban livianos, casi ingravidos, suspendidos sobre las losas de la plaza. Ya solo la multitud de personajes representados y su simbología llevaría horas de observación.

Aquel enorme lugar me empequeñecía. Era un fenómeno óptico, como una especie de espejismo creado por la mente. Sorprendido dejaba que los ojos se perdieran en las ornamentadas naves y las cúpulas que se elevaban a 32 metros más arriba, donde los rayos de sol se filtraban a través de las vidrieras multicolores proyectando formas caleidoscópicas de colores en el interior de la catedral.

Inspiré el aroma que exhalaba el recinto para recibir el perfume dulzón que había adquirido con el paso de los siglos. Iluminaban los oratorios cientos de velas a cuya rojiza luz podía verse las esculturas de vírgenes y santos, a los que se les destinaban los votos y las oraciones. Las columnas se elevaban como un bosque secreto, oculto a simple vista en medio de la ciudad.



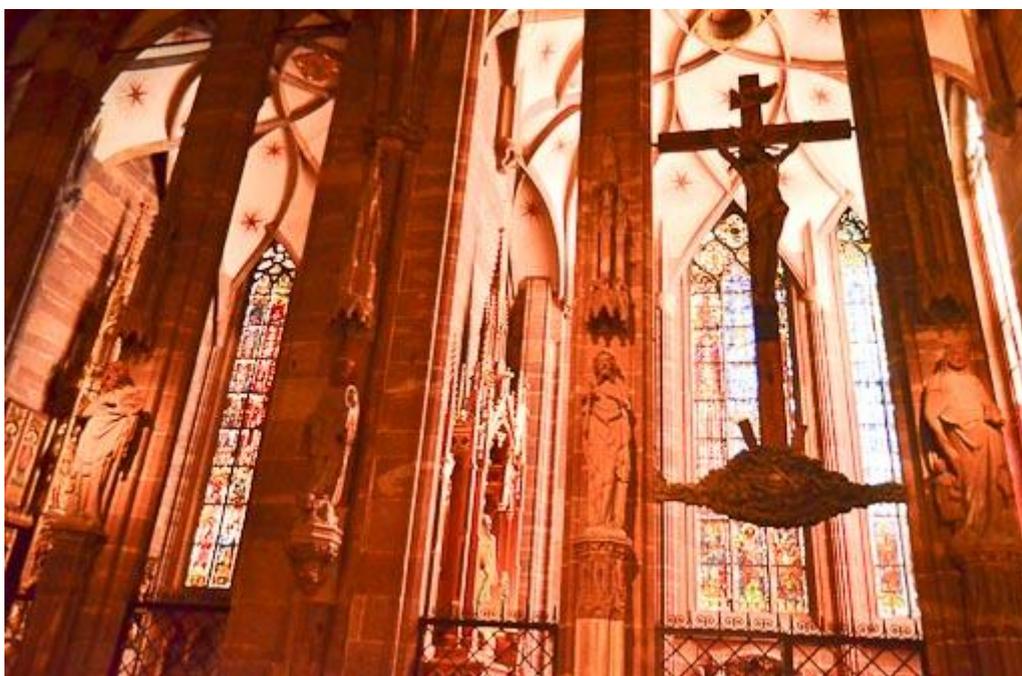


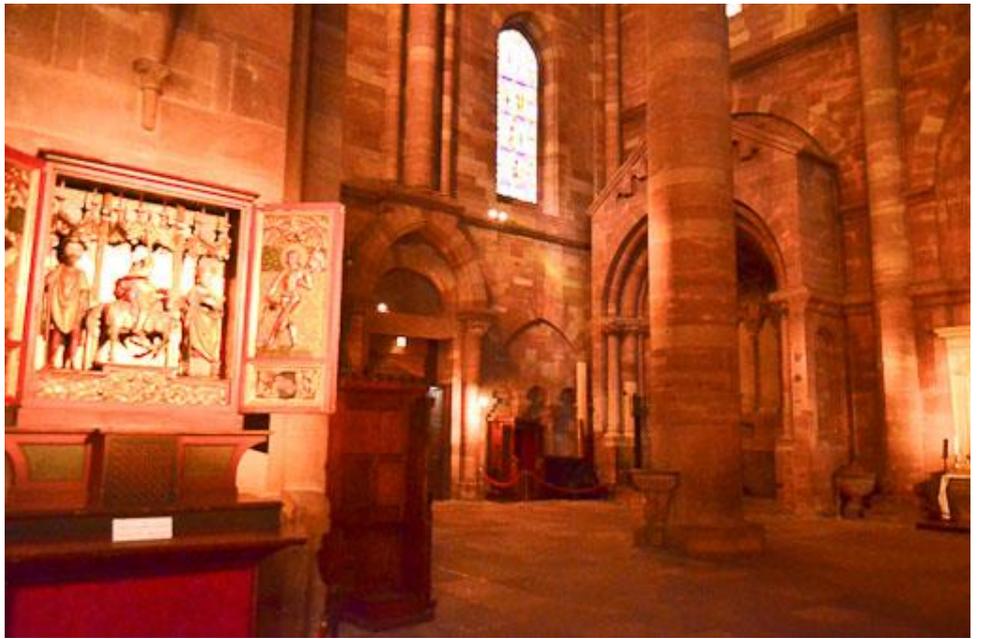


La Catedral Notre-Dame fue construida a lo largo de cuatro siglos (del 11 al 15) y destaca por su alta torre de 142 metros, que parecía un dedo señalando al cielo. La Catedral fue el edificio más alto del mundo desde 1647 hasta 1870. Fue erigida con piedra arenisca de los Vosgos, de ahí ese mismo tono rosado visto en otras edificaciones como el castillo de Koenigsbourg. Me apasionaban las impresionantes vidrieras, que datan de los s.12 al 14, y un grandioso rosetón de 14 metros de diámetro, también el ornamentado órgano.

Llama la atención el Reloj Astronómico, una obra maestra del Renacimiento, con un mecanismo del s.19 y que sorprende su trabajo y la proeza técnica de su relojería. Una de sus particularidades es el calendario perpetuo que indica también el desplazamiento de los planetas.

Llevaba mucho tiempo el admirar la magnífica arquitectura de la Catedral, su asombrosa estatutaria tanto del interior como del exterior, los detalles de sus vidrieras, los murales, el pulpito con sus cincuenta personajes. Solo podía conmovirme por la magia que me inspiraba el esfuerzo de artistas, artesanos y arquitectos que nunca llegaron a ver la obra terminada. También reflexionaba cómo se sentirían aquellas personas de la antigüedad al entrar en este recinto. Como esta inmensa obra afectaría a su espiritualidad.







Fuera de la catedral, y abriéndome paso entre la multitud de turistas que se había congregado fuera del edificio, admire la obra por su exterior. Una fachada de vidrieras afianzadas con elaborados arbotantes. Había instaladas numerosas fuentes sobre la plaza, para aliviar la sed en el calor del verano. La muchedumbre se arracimaba entorno a los artistas callejeros, a mí también me gustaba sentarme en las piedras calientes a escuchar a músicos y contemplar los retratos de los pintores. Alrededor de la plaza incontables tiendas de recuerdos vendían morralla de motivos alsacianos a los turistas, otras ofrecían vino del país y numerosas tiendas de comida rápida, refrescos, cervecerías o terrazas llenaban el lugar. No era un sitio muy sereno.

La plaza de la Catedral era una zona peatonal caracterizada por callejuelas estrechas y animadas. También aparecía rodeada de bellos edificios antiguos, entre ellos destacaba la llamada Casa Kammerzell. Una magnífica y pintoresca mansión con entramado de madera tallada, de época renacentista s.15. Sus oscuros tejados eran muy inclinados y sus vigas, esculpidas sobre una fachada de tonos oscuros, hacían que su fachada destacase sobre el conjunto de viviendas.









Abandoné el barrio de la Catedral por la “Rue du Mercière”. Desde esta calle, llena de comercios y cervecerías, se contemplaba la mejor panorámica de la fachada de Notre Dame. La perspectiva, con los edificios de la calle, me permitía admirar el enorme tamaño del frontón, con su gran rosetón, que empequeñecía todo lo demás. En esta calle se descubría la “Pharmacie du Cerf”, de 1268, uno de los edificios más antiguos de Strasbourg y la farmacia más antigua de Francia. Llegué a la “Place Gutenberg” dominada por una gran estatua del inventor de la imprenta Johannes Gutenberg, que conmemora su estancia en esta ciudad, y a su lado aparecía otro de los encantadores tiovivos franceses.

Hasta Strasbourg había realizado un viaje, por lo general, solitario y me sentía aturdido a causa de los ruidos de los coches y los murmullos de fondo procedentes de las bulliciosas calles, por donde caminaba en ese momento, mientras me acercaba a los “Ponts Couverts”.





Los “Ponts Couverts”, situados en la parte alta de la “Petite France”, son un grupo de tres puentes y cuatro torres construidos en el s.14 como un sistema defensivo. Época en que la ciudad estaba completamente amurallada. Su nombre se debe a que antiguamente cada puente estaba cubierto con un tejado de madera.

Era encantador pasear por los puentes, las barandillas estaban llenas de jardineras plenas de adornos florales, donde un intenso olor de flores y frescor de agua me envolvía mientras miraba estas altas torres de aspecto inexpugnable. En este lugar disfruté de un desacostumbrado momento de relativa soledad en medio de la ciudad agitada. Me senté a comer, baguette con queso de Alsacia, contemplando el río y la suavidad del curso de agua, al tiempo que disfrutaba del silencio y la tranquilidad.





Mientras almorzaba admiraba el enorme frontón, de 120 metros de largo, de la “Barrage Vauban”. La parte inferior de esta construcción esconde, en sus trece arcos, una presa que al cerrar sus compuertas cortaba el curso del río Ill inundando las tierras situadas al sur de Strasbourg. Imposibilitando el ataque desde este lugar a la ciudad. Por encima de la fortaleza de la presa había una enorme terraza panorámica que ofrecía una magnífica vista sobre las torres de los puentes cubiertos, los canales y al fondo asomaban los barrios de la “Petite France”. En esta terraza caía el sol a plomo, no había la mínima brisa, y a la tarde reinaba unas condiciones prácticamente insoportables.

Buscando los amplios espacios entre la gente, que pululaba por entre les “Ponts Couverts” y de los canales, me aproximé a la llamada “La Petite France”. Aquel lugar era casi mítico, era el destino de un peregrinaje estético que hacía las delicias de los turistas del mundo entero. Una verdadera escena de voyeurismo turístico.







Desde el puente se observaba una fantasía improvisada, extrañamente romántica, del jardín del “Quai de la Petit France” y las fachadas que se reflejaban en el agua, como si flotasen sobre una plancha de espejo. En la “Rue du Bain aux Plantes” el enjambre de turistas curiosos se había concentrado al pie de antiguísimas casas, de entramado tallado y un blanco cegador, disputándose los mejores puestos en su afán por atisbar y fotografiar este increíble y fabuloso lugar. Era uno de esos rincones tan absolutamente alsaciano y original. Pocas estaban pintadas en modernas tonalidades y la mayoría eran blancas. La nota de color la ponían la infinidad de conjuntos florales.

Era sorprendente que en medio de una gran ciudad hubiese sobrevivido un pueblo antiguo, que de no haber sido por el murmullo cercano que la ciudad caótica producía, habría llegado a convencerme que había retrocedido en el tiempo.







Era un laberinto perfecto. A cada momento surgían nuevas perspectivas, las casas blancas, los tejados y los puentes decorados con multitud de flores. El toque maestro de aquella fabulosa puesta en escena paisajística la ponía el cauce le río Ill, donde las magníficas fachadas parecían que levitaban sobre los canales, ofreciendo unas vistas de postal. El contrapunto era el hormiguero turístico y su horrible “Petit Train” abriéndose paso a bocinazos a través de este precioso pasaje.

Este lugar, entre canales y esclusas, era el antiguo feudo de curtidores, pescadores y molineros que dotaron a esta arquitectura la característica propia de sus oficios. Los curtidores tenían un tejado adicional, muy abierto, para poner a secar las pieles. Los molineros tenían sus canales propios que llevaban el agua a las ruedas y los pescadores abrían sus fachadas a los antiguos muelles, hoy ocupados por las “vedette” turísticas. Esta característica se contemplaba desde el puente de Saint-Martin, repleto de flores, o desde el puente giratorio “du faisan”. Desde donde admiraba el reflejo colorido de las fachadas en el agua.





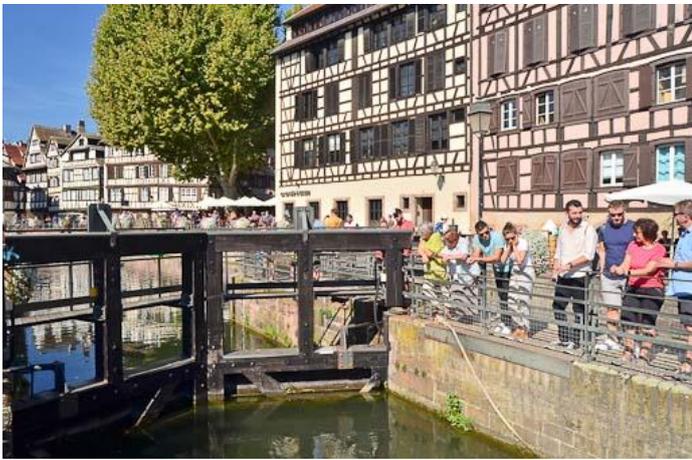


Un cúmulo de olores desconocidos saturaba el aire, mientras serpenteaba entre la aglomeración de turistas que había transformado en una zona bulliciosa, la encantadora plaza “Benjamin Zix”. A la sombra de los plátanos esta plaza era una de las zonas más visitadas con numerosas terrazas, tabernas y cervecerías rodeadas de un conjunto excepcional de casas con entramado repletas de geranios en flor.

Este barrio de curioso nombre, “Pequeña Francia”, se debe al hospital donde se trataba a los enfermos que tenían el mal francés, la sífilis, que según los alsacianos había sido importada por las tropas francesas del Rey Francisco I (la sífilis, enfermedad tan vergonzosa, que cada país le daba su origen a su enemigo, así existía el “mal francés” el “mal español”, el “italiano” ...)

Me dejé llevar paseando por los muelles o atravesando la Plaza del Mercado de Pescado y el “Palacio Rohan”, antigua residencia episcopal. Continué por antiguos barrios de calles empedradas de adoquines y atravesando numerosos puentes sobre el río Ill, que me ofrecían nuevas imágenes de magníficas fachadas alsacianas, así como encantadores y románticos rincones floridos. Y después de haber dibujado un tortuoso recorrido volví al punto donde había empezado. La plaza de la Catedral.







La tarde avanzaba y la plaza estaba más tranquila, los grupos turísticos habían marchado. El sol aún se veía al Oeste y quedaba una amplia franja de luz sobre el horizonte, sin embargo sus rayos ya habían empezado a arrojar unas sombras alargadas sobre las calles. En Strasbourg pasé dos días y dos noches. La primera noche la pasaría en una población muy cercana, al norte de la ciudad, y me encaminé de vuelta a la autocaravana. En la carretera continuaba el caos circulatorio, ahora, del sábado noche.

El siguiente día era Domingo y temprano, no había tráfico, pude acercarme en vehículo al centro. Estacioné próximo a un canal y un gran parque, el lugar era tranquilo, y pasaría aquí la segunda noche. Sobre el canal amarraba un yate venido a través del río Rin. Tenía bandera holandesa. Disfrutaba del día a primera hora de la mañana. A esa hora matinal el aire era fabuloso, fresco y sin embargo cálido. Volvía a recorrer los mismos lugares, no me cansaba nunca de este paisaje, a cada poco cambiaba la perspectiva y veía nuevos motivos para fotografiar.







Al caer el sol me hallaba en la plaza de la catedral, ya no tenía prisa por marchar, iba a pasar la noche en el centro de la ciudad. Las piedras de la catedral empezaron a brillar y refulgir de un modo sobrenatural. El calor del día se había desvanecido y había dejado paso a un suave y fabuloso atardecer de verano. Los músicos callejeros amenizaban mi último día en la ciudad. A la noche, mientras me dirigía a la autocaravana, las antiguas farolas arrojaban sobre las altas fachadas haces de luz levemente ocre.

La noche era muy agradable y me senté al lado del canal, apostado junto a una isleta de hortensias, a pensar...y después a no pensar, leyendo un libro. Hoy, escribiendo esto, lo recuerdo como un intenso momento de libertad.







## Los Vosgos del Norte



El viaje, por este macizo montañoso, transcurría por carreteras secundarias que discurrían entre bosques o campos que permitían gozar de un extraordinario paisaje. Un espectáculo onírico que surgía bajo la luz del sol, entre los árboles de color verde oscuro, un cielo inmenso y la singularidad de las aldeas del norte de Alsacia. Un paisaje que estimulaba de forma automática la imaginación del observador. El hábitat era disperso y aislado, formando núcleos poco compactos, que a veces no alcanzaban a tener muchos habitantes. Los lugares eran magníficos y los panoramas eran maravillosos, salvajes y naturales. La arquitectura experimentaba un cambio significativo con fachadas que conservaban un blanco natural. Los edificios no se adosaban entre sí y creaban “chalets” rodeados de jardines y huertos. Los tejados a dos aguas achataban su punta y poseían tejadillos de tejas que protegían cada planta.

Su horizonte estaba formado por claros, estanques, cultivos y bosques que abarcan la mayoría del territorio. Lugares idílicos y silvestres, perfectos para recorrer los 2.600 kilómetros de senderos señalizados que se internan en su naturaleza tranquila y preservada.

Este paisaje está marcado por su proximidad a la frontera alemana. Sin barreras naturales como el Rin. Por ello esta hermosa región ofrece la mayor concentración de castillos en Europa. Una treintena de ruinas románticas peinan los picos y los peñascos escarpados, que afloran solitarios y rodeados de una floresta increíblemente densa. Como punto estratégico, entre el paso de Alsacia y Lorena, el lugar fue el escenario de numerosas guerras feudales o la carnicería de la guerra de los treinta años. Obras defensivas de Vauvan se levantan en lugares estratégicos. La fatal guerra Franco-Prusiana, con la derrota francesa y la incorporación de Alsacia y Lorena a Alemania durante 48 años, marcó la construcción de numerosas defensas. Primero para la Gran Guerra y posteriormente, entre Guerras, con la construcción de la Línea Maginot. Encontrándose las principales obras de esta defensa distribuida a lo largo de la frontera norte de Francia, cinco en total. Todas localizadas en aquella tierra sin barrera natural. Los Vosgos del Norte.

## WEYERGHEIM



Aquella noche, estacionado al borde del canal en Strasgourg, me había acostado agotado y feliz. Sucumbí al instante en un sueño profundo. Weyersheim se hallaba a solo 20 minutos al norte de Strasbourg y, mientras conducía, la luz del alba iluminaba un llano desierto que se extendía hasta el horizonte. Cuando llegué a Weyerghheim los rayos del sol calentaban la atmosfera poco a poco.

Era una pequeña localidad con un encanto extraordinario en la que imperaba un ambiente relajado. Solo el ruido de mis pasos violaba el silencio. Estaba formada por hermosas casas con un conjunto muy homogéneo de viviendas típicamente alsacianas y con la particularidad, que se empezaba a dar en la arquitectura del norte de Alsacia, de casas dispuestas en chalets separados entre sí por jardines de coloridas flores dispuestas de forma regular. También disponían de un tejadillo de tejas sobresaliendo entre la primera planta y la segunda.





Recorrí la larga avenida bordeada por silenciosas casas, de tonalidades que resultaban nítidas e intensas, distribuidas todas ellas en una hilera perfecta. Más de sesenta casas aparecían fechadas en los entramados. La más antigua era de 1621.

El antiguo pueblo agrícola, que experimentó las vicisitudes de la Guerra de los Treinta años, todavía conserva un gran número de pequeñas granjas instaladas en las hermosas praderas de los alrededores. Weyersheim pertenece a la categoría de esos pueblos del pasado que son intemporales y eternos.



